

RESEÑAS

FRANCOIS BOURRICAUD,

Universités a la dérive. France, Elats-Unis, Amérique du Sud. Ed. Stock, París, 1971. 178 p.

François Bourricaud, alto exfuncionario del Ministerio de Educación de Francia durante el tempestuoso '68, trata de explicarse los acontecimientos vividos, los pensamientos expresados y las actitudes tomadas por 'estudiantes y profesores durante las llamadas "jornadas de mayo". Su problema, como el de tantos otros, es la UNIVERSIDAD, así, con mayúsculas: la visión teórica y la interpretación idealista, la comunidad callada y la sociedad pasiva. El autor busca, en sus Universidades a la deriva, volver a centrarse en su mundo, encontrarse en una institución de estudios de corte anglosajón en esos dulces años de MacCarty "el malo". Nos recuerda cómo en una de las jornadas definitivas de la Sorbona y del Teatro Odeón sufre una de sus más grandes impresiones, y eso que regresaba de Estados Unidos, "no me sentía en armonía, o aún en consonancia, con lo que escuchaba a mi alrededor... Decididamente ese día me era difícil entender a mis compatriotas y, aún, a mis amigos. Concluí que era mejor dejar plantado a todo ese mundo y me fui a ver una película en los Campos Elíseos" (p. 40-41). Después opta por escribir un libro, por reflexionar con letra de imprenta y expresarse partidario de la reacción tecnocrática y la pura planeación.

El método que emplea para encontrar el porqué y el cómo todas las universidades se encuentran a la deriva pretende ser doble: en primer lugar un análisis sobre la realidad contemporánea de las instituciones de educación superior de Francia, Estados Unidos y América Latina, con pretensiones de sociología, afanes de disculpa, especialmente en los dos primeros casos, y expresión de experiencias personales. No le basta con el presente, la empresa es ardua, y busca en el pasado una clave interpretativa. Así, en el caso de Francia es la III República, no Naxpoleón, las ideas liberales y la influencia alemana las responsables iniciales del fracaso. En Estados Unidos la crisis se precipita por una falta de "democracia" institucional, por la existencia de una "monarquía constitucional" centrada alrededor del Presidente y la Junta Directiva. La universidad norteamericana, nos repite hasta el hastío, es, como ya antes dijo el rector de California, Ciark Kerr, una multidiversidad, una dispersión académica. Así pues, en los dos países tipo del desarrollo capitalista nota polos opuestos en la estructura académica superior, por un lado la libertad completa, por el otro el aislamiento de las grandes escuelas. ¿América Latina? Confusión de falsos problemas y soluciones equivocadas. Recuerda, no sin cierto regodeo, cómo R. N. Nixon, durante su primera campaña electoral para la presidencia, profetizaba a los estudiantes revoltosos del Free Speach Movement que si la agitación era permanente, sus universidades podían tomar el estilo de la latinoamericana: "la universidad más baja y degradada". Instituciones con pretensiones de autonomía de cogobierno y de "modernización", productos románticos de la sentimental "Revolución de Córdoba", que sólo observa en el Perú y por medio de los ojos de un Haya de la Torre o un Luis Alberto Sánchez.

Con un pretendido realismo cáustico, Bourricaud, profesor de sociología en la Sorbona, emplea tres calificativos para determinar la situación de los tres grupos, si se puede hablar así, de universidades que estudia: el patinazo, para Francia; la colisión, para Estados Unidos; el atascamiento, para América Latina. Con ellos pretende no sólo definir sino situar, cosificar, de una vez por todas, la situación universitaria occidental a la que considera viviendo una etapa de franca degradación.

Si el panorama total de la obra es desolador, si se mueve en lo que el mismo Bourricaud llama "banalidades reaccionarias", sin embargo vale la pena tener en cuenta algunos de sus argumentos por ser representativos de un cierto tipo de pensar.

No deja de llamar la atención el encontrar de pronto la afirmación de un concepto "sociológico" que es verdaderamente innovador, que representa un importante hallazgo y un instrumento insospechado para el mejor análisis y conocimiento de esas extrañas instituciones que son las universidades. "Esta institución, afirma el profesor Bourricaud, contra lo que tontamente se asegura en ocasiones, no es un microcosmos, una imagen reducida de la sociedad global" (cf. p. 113). Las características de la universidad vistas desde no importa qué ángulo, medidas en relación con cualquiera de las variables sociológicas que allí se manifiestan,

son muy, pero muy, diferentes a las de la comunidad en la que se encuentra y que la sostiene. El absurdo, insiste nuestro autor, es que esta institución parasitaria, este quiste comunitario, pueda llegar a envenenar, a paralizar, la totalidad del organismo. ¿Por qué? Esa es la pregunta que quisiéramos nos hubiera contestado la lectura de las Universidades a la deriva, pero que nunca podrá obtener con su concepto de divorcio entre educación superior y problemática social.

Es indiscutible que existe una limitación metodológica básica en el libro que pretendemos comentar: no hay método, no hay rigor de análisis, no hay encadenamientos deductivos. La estructura argumentativa es llevada por medio de la reflexión más subjetiva posible, haciéndose todo tipo de esguinces y quiebres, como niño que no quiere confesar su mentira, con tal de poder sacar a flote lo que el autor considera su pensamiento fundamental. Los movimientos universitarios que observa son interindependientes; presentan semejanzas, es cierto, pero no analogías ni secuencias mutuas. Hay coincidencias, la mente joven reacciona en formas semejantes, que no señalan, por no ser lo suficientemente fuertes, hacia una meta común o hacia una situación análoga.

Parece ser claro que se puede afirmar lo anterior cuando no se tienen en cuenta una serie de elementos socio-políticos y una serie de factores que son ya históricos e insoslayables. Si bien se nos hace referencia al Movimiento de Córdoba y al de Libre Expresión de Norteamérica, no deja de llamar la atención que entre éstos, sobre todo entre el primero y las Jornadas de Mayo, parece existir un vacío, un interregno sin significaciones. Esto es desconocer, o querer hacerlo, el papel de las universidades en la historia política de Latinoamérica. Es pretender ignorar el papel jugado por la, Universidad Cubana en la búsqueda y realización de nuevos caminos. Es querer minimizar el papel que en la formación de una conciencia de cambio han cumplido universidades como la Chilena, la Peruana, la Colombiana o la Uruguaya. Es, sobre todo, y no deja de ser significativo, olvidarse o despreciar los llamados sucesos estudiantiles del '68 Mexicano. Aquí hubiera podido encontrar infraestructuras organizativas comunes con los movimientos de Europa y Norteamérica, ideologías semejantes, metas y aspiraciones idénticas, tropiezos, obrero-estudiantiles más que parecidos, etc. Pero la idea personal parece primar más en este pensamiento a la deriva que la objetividad científica.

¿Cuál pueda ser el motivo de este escamoteo ideológico-subjetivo? ¿Por qué ese constante empleo de un lenguaje metafórico? Parece ser que estas dos preguntas se encuentran en una muy íntima relación, no solamente dependen una de la otra sino que muy bien pueden ser vistas como constituyendo una unidad no sociológica, pero sí ideológica. La colisión, el atascamiento y el patinazo no son otra cosa, en ocasiones la coherencia lógica estorba, que aspectos de la desintegración y de la degradación que aquejan al sistema universitario occidental en no importa cuál de sus manifestaciones. Se desintegran porque el estado, la iniciativa privada, los organismos internacionales prefieren realizar personalmente las labores de investigación y estudios especializados que entregárselos a las universidades, ya que su constante condición de crisis interna no proporciona ninguna garantía de seriedad. Es una institución degradada por haber perdido sus viejos ideales, por no ser capaz ya de educar, en el pleno sentido del término, o de encauzar vocaciones útiles a la comunidad, parece haberse convertido, o estar en camino de hacerlo, en una grandiosa “guardería” con “clientes” sin vocación ni reales motivaciones de estudio, donde se pasa de una apatía pseudo hippie a la histeria pseudo revolucionaria. Las universidades se han convertido, en suma, y es su última gran metáfora, en una sociedad dentro de la sociedad, pero en una en la que “no hay obligación ni sanción”. Es la buena sociedad al revés.

¿Qué hay que hacer? Es el momento de la gran revelación, de la palabra profética: “tomar conciencia de las finalidades de las instituciones en crisis -tanto las tradicionales como las nuevas”, con el objeto de poder descubrir que responden a una “lógica particular” sobre la que operan fuerzas coercitivas tanto internas como externas (cf. p. 177).

En éstas y con estas notas finales aparece bien dibujada la trampa, se descubre el viejo truco, se desnuda el autor. Es el tantas veces esgrimido intento de presentar por medio de un pretendido realismo crítico, matizado con tina cierta dosis de preocupación personal, sentimental y casi honesta, un cierto panorama sórdido o tan sólo injusto y unas consecuencias paralizantes o inhumanas, para concluir con un llamado a la inmovilidad, con un ferviente deseo de que las condiciones reales no se inclinen ni hacia los dioses ni hacia

los demonios. Es el maniqueísmo ético y político de eso que llaman las derechas y su temor a la “época de los problemas”.

GONZALO HERNANDEZ DE ALBA.